

Rosana Guber

¿POR QUÉ MALVINAS? DE LA CAUSA NACIONAL A LA GUERRA ABSURDA

Introducción

“El pingüino la vela, la gaviota le trae
cartas de libertad.
Ella tiene los ojos en sus canales fríos.
Ella está triste de esperar. [...]
Hasta que el brazo patrio no ancle entre
sus alas,
ella se llama Soledad.”
José Pedroni
(en *Da Fonseca Figueira*, 1978, pp. 68-69)

Que después de 1982 “Malvinas” se interprete inmediatamente como “la guerra” es tan natural como engañoso. Durante más de un siglo “Malvinas” —referido como un sustantivo singular, y no como “las islas”— se ha ido poblando de distintos sentidos y términos bien diferenciados que, en principio, aluden al territorio geográfico, a la reivindicación o causa de soberanía territorial, y al conflicto bélico de 1982. En estas páginas intenté averiguar “por qué” esos referentes pudieron articularse en un símbolo —“Malvinas”— con el cual los argentinos sintetizaron diversos sentidos, a menudo opuestos, de su argentinidad.

En su primera acepción, las “Islas Malvinas” son un archipiélago sudatlántico ubicado en el Mar Argentino del Océano Atlántico, entre los 50° y los 52° latitud Sur, y entre los 57° y los 61° longitud Oeste, integrado por dos islas mayores —Gran Malvina y Soledad— y más de cien islas e islotes. Conocida en la literatura angloparlante como “Falklands”, y a las dos islas mayores como West y como East Falkland fueron ocupadas desde el 1° de enero de 1833 por Gran Bretaña y sustraídas del dominio rioplatense de la Gobernación de Buenos Aires.

A partir de entonces, y he aquí su segunda acepción, los gobiernos bonaerenses primero, y argentinos después, vienen reivindicando continua y sistemáticamente el “territorio usurpado” mediante presentaciones al gobierno inglés y a los organismos internacionales (OEA, ONU, etc.), aunque sin resultados definitivos. Desde el punto de vista argentino, el archipiélago de Malvinas y por extensión las Georgias del Sur y Sandwich del Sur se cuentan entre los territorios que las Provincias Unidas, años después República Argentina, heredaron de España al declarar su independencia el 9 de julio de 1816.

Este *statu quo* fue interrumpido en 1982 durante 74 días, cuando la tercera junta militar del gobierno argentino autotitulado “Proceso de Reorganización Nacional” que rigió al país entre el 24 de marzo de 1976 y el 10 de diciembre de 1983, tomó por la fuerza la capital isleña Port Stanley y diseminó efectivos terrestres, marítimos y aéreos en las dos islas mayores a la espera de una reacción enemiga. En menos de un mes, el personal argentino y los 1.800 habitantes conocidos como *kelpers*¹ supieron del arribo de la Royal Task Force tras unos 13 mil km de travesía. El 1º de mayo comenzaron los combates aeronavales y el 21 del mismo mes infantes de marina reales y paracaidistas desembarcaron en la bahía de San Carlos, sobre el estrecho homónimo que separa las islas Soledad y Gran Malvina. Después de 24 días de avance hacia el Este las fuerzas británicas ocuparon Puerto Argentino el 14 de junio y la Union Jack fue izada nuevamente.

Islas, reivindicación de soberanía y guerra son los componentes de un mapa malvinero que, sin embargo, debe ponerse en movimiento. Y el primer movimiento se vislumbra al analizar los conectores y los sentidos en la articulación de estas tres acepciones. Dicho burdamente ¿por qué la reivindicación territorial diplomática sobre un archipiélago de 11.718 km² de superficie helada durante ocho meses al año, arrasada por vientos de hasta 130 km/h, poblada por unas 360 ovejas por habitante (Cura y Bustinza, 1970; Destefani, 1982; Ejército Argentino, 1983)² y sin yacimientos petrolíferos considerables desembocó en la única guerra que protagonizó la República Argentina durante el siglo XX?

Ciertamente, esta pregunta no es nueva. Los argentinos y en particular buena parte del periodismo y de la literatura en ciencias sociales ha respondido en la posguerra que la causa de Malvinas fue instrumentada por la dictadura con el fin de perpetuarse en el gobierno. Para ello se habría valido de la irracionalidad inherente a una causa patriótica que como todo nacionalismo permitía manipular las voluntades de los sectores más diversos y alinearlos bajo el mismo bando (la misma “bandera”) de la Nación. Efectivamente, tanto el conflicto anglo-argentino como esta interpretación, por demás extendida, ponen de manifiesto la importancia de la categoría “Nación” en la historia de la Argentina moderna y especialmente en gran parte del siglo XX. Sin embargo, esta significatividad no se ha correspondido con interpretaciones que, aplicadas a Malvinas, superaran los

encuadres político-ideológicos y dieran cuenta de los múltiples sentidos con que la Nación emergió, tan recurrentemente, en la experiencia política y social de los argentinos.³ La salida más frecuente al espinoso problema del masivo apoyo a la causa de Malvinas es atribuirle, en tanto interpelación nacional, una fuerza tan inconmensurable como inmediata para la dominación autoritaria, para así resolver-encubrir-postergar conflictos internos y desgobiernos sumidos en la ilegitimidad.

Sin desechar por completo este tipo de interpretaciones, e incluso admitiendo que tal pudo ser el caso en 1982, conviene advertir que gobiernos, estados y pueblos hacen distintas cosas con “la Nación”, como con otras categorías de pertenencia. Habida cuenta de la derrota argentina, fallos en materia logística, erradas decisiones estratégicas y deficiente conducción militar, además de la caída del propio régimen, pareciera lógico asociar la iniciativa bélica al mundo de la sinrazón, la aventura y hasta la patología mental. Pero éste sería un razonamiento *expost* que culminaría en una tautología, dejando pendiente de explicación el lugar de las causas nacionales, no tanto como esencias inmanentes, sino como construcciones sociohistóricas.

Este libro propone revisar las certezas sobre Malvinas reconociendo —dando un lugar a— la experiencia de los protagonistas y su conceptualización de ella. Al preguntarnos por qué y cómo la reivindicación territorial-diplomática de Malvinas desembocó en una guerra internacional, y al preguntarnos qué hicimos los argentinos con las islas, la reivindicación y la guerra después de la derrota, no pretendemos sumergirnos en el psiquismo de gobernantes y gobernados, veteranos de guerra y civiles o militares que jamás “cruzaron el charco”, sino en las nociones y prácticas con que todos hemos llenado con distintos sentidos a nuestro lugar en el mundo y a nuestra coexistencia bajo un mismo Estado.

Esta perspectiva se ubicaría en la esfera de “lo cultural”, pero con la salvedad de entender por ello, más que una caja negra de valores y normas inherentes a “los argentinos”, los procesos mediante los cuales los grupos humanos inventan símbolos que les permiten expresar sus consensos y disensos, sus oposiciones y sus negociaciones, su existencia temporal y espacial. “Malvinas”, entonces, no sería una esencia de los argentinos sin la cual dejaríamos de ser tales, sino un vehículo construido para expresar una presencia y una historia tumultuosa, inquietante y frecuentemente sanguinaria. “Malvinas” es una ventana hacia los modos en que los argentinos nos hemos habituado, a veces de manera imperiosa, a vivir, pensar y actuar, a imaginarnos el mundo y a nosotros en él.

Desde este punto de vista, la pregunta del título conlleva, además de cierta ambigüedad semántica, una perplejidad que transmiten y reproducen las versiones más corrientes acerca del (sin)sentido de aquella guerra, de su consiguiente derrota, y del respaldo masivo que recibieron los autores de la iniciativa político-militar. “¿Por qué Malvinas?” puede traducirse en “cómo fue posible la guerra” indicando,

precisamente, una ruptura de la familiaridad con el pasado cuyo curso habría dejado de concebirse como un fluir natural y lógico, y por lo tanto previsible. En verdad, las guerras no se viven del mismo modo en la historia y en el mundo; ni siquiera un mismo pueblo pondera sus experiencias bélicas de la misma forma. Pero por su dramatismo y arbitrariedad, las guerras son muy proclives a convertirse en hitos y quiebres de las certezas, sobre todo cuando terminan en derrota. Las elaboraciones de estas experiencias que a través del recuerdo encaran los pueblos, nos abren a una dimensión vital para la existencia de una nación y para la reproducción y proyección de una sociedad: “¿Por qué Malvinas?” es, entonces, un interrogante que conlleva el supuesto de que los argentinos hemos construido distintas imágenes de Malvinas y distintos lugares para ellas en la narrativa histórica y también en la personal.

Dado que 1982 es el punto de inflexión del campo temático referido como “Malvinas”, sea porque el conflicto armado devino el final de una etapa, sea porque toda consideración en la posguerra sobre la soberanía argentina del archipiélago en disputa está marcada por los hechos bélicos, el primer capítulo está dedicado a los 74 días del conflicto. Pero la atención se centrará no tanto en lo que ocurría en las islas, de lo cual tanto se ha escrito,⁴ sino en la porción continental argentina, y de aquí nos interesa menos el proceso decisorio de las cúpulas castrenses y diplomáticas⁵ que el sentido colectivo — convergente y divergente a la vez— con que los argentinos construyeron lo que en términos corrientes se llamó “la recuperación”. Este capítulo suministra alguna evidencia sobre la popularidad de la iniciativa militar y analiza cómo los argentinos de distintos sectores sociales y políticos basaron esa popularidad en distintos conceptos de Nación que, además, diferían de los sostenidos en otros tiempos.

El segundo capítulo se ocupa, precisamente, de cómo los argentinos fueron haciendo de Malvinas un emblema de la Nación, cuyos sentidos se fueron reformulando y articulando con el esquema institucional de una nacionalidad territorial por contrato ciudadano. El propósito es mostrar, en una velocísima pero significativa recorrida de aproximadamente cien años, de qué modo argentinos y extranjeros contribuyeron a reunir las Islas Malvinas con la Nación y el pueblo, forjando las bases de una extensa y vigente “causa nacional y popular”. Esta interpretación relativiza la importancia que suele atribuirse al aparato escolar argentino como único agente de nacionalización de Malvinas y desmiente que la “causa” fuera el exclusivo producto del nacionalismo doctrinario de derecha. Malvinas se fue haciendo desde fines del siglo XIX y durante el siglo XX como un símbolo con distintos significados cuya capacidad de convocatoria se reveló, ostensiblemente, en 1982.

En el tercer capítulo se analiza qué hicieron los argentinos con Malvinas después de enterarse de la rendición. Adelantándonos un poco al argumento, este símbolo de unidad comunitaria argentina se

transformó, literalmente, de un día para otro en un símbolo de vergüenza y antagonismo. En este pasaje de la viva voz al silencio y del aplauso a la denostación, llaman menos la atención los argumentos que solían esgrimirse, que el giro encarnado, en el antes y el después, por prácticamente los mismos protagonistas. ¿Cómo fue posible ese viraje y qué efectos tuvo en el concepto de Nación y en la vigencia del símbolo Malvinas? En este tramo se examinará ese giro con sus discontinuidades más evidentes y con sus continuidades encubiertas.

En suma, y como resultado, este libro pretende reflexionar sobre la argentinidad de las Islas Malvinas que, en el desasosiego y en la esperanza, nunca han dejado de estar con nosotros, incluso hasta en la muerte.

Notas:

¹ *Kelpers*, gentilicio de los isleños de las Falklands, deriva del alga marina común en sus costas, el *kelp* (Foulkes, 1983).

² Es difícil dar con las razones del conflicto desde un punto de vista estrictamente material. La pesca fue un recurso desechado por las políticas económicas argentinas, más proclives a favorecer la exportación agropecuaria. El mar Argentino fue explotado por buques extranjeros –japoneses, alemanes, coreanos, rusos, españoles– recolectores de calamar, krill, merluza, centolla y langostino. Unos 20 mil hombres y una flota de más de cien unidades –con apoyo logístico y diplomático estadounidense– se desplazaban por la mitad del globo terrestre para frenar a unos 13 mil argentinos con amplio despliegue aeronaval y terrestre (Middlebrook, 1989, p. 63; Cardoso *et al.*, 1986; Costa, 1988; Moro, 1985; Taylor, 1988).

³ Para estudios sobre organizaciones y corrientes de pensamiento autoadscriptas como “nacionalistas”, véase Navarro Gerassi, 1968; Barbero & Devoto, 1983; Buchrucker, 1987; Floria, 1998; Rock, 1993.

⁴ Entre otros, véase Aguiar, 1985; Bonzo, 1992; Busser, 1987; Costa, 1988; Ejército Argentino, 1983; Freedman, 1988; Freedman y Gamba, 1990; Goldblat y Millan, 1983; Hastings y Jenkins, 1984; Kinzer-Steward, 1988; Matassi, 1990; Middlebrook, 1989; Moro, 1985; Piaggi, 1994; Robacio y Hernández, 1996; Ruiz Moreno, 1986; Woodward y Robinson, 1992. Testimonios autobiográficos y biográficos de ex soldados conscriptos que participaron en Malvinas pueden encontrarse en Kon, 1982; Túrolo, 1982/1985; Terzano, 1985; Farinella, 1985; Balza, 1986; Manzilla, 1987; *Todo es historia*, 1990; Esteban y Borri, 1993; Speranza y Cittadini, 1997; Manédez, 1998. Para cronologías del conflicto de 1982 véase Larra *s/f*; *Latin American Newsletters*, 1983, OFMLVIM, 1991.

⁵ Entre otros véase Cardoso *et al.*, 1986; Costa Méndez, 1993; Verbitsky, 1984. Análisis políticos pueden encontrarse en Borón, 1988; Borón y Faúndez, 1989; Cavarozzi, 1985, 1986; Corradi, 1982, 1985; Dabat y Lorenzano, 1984; Landi, 1982; Waisman, 1989; Torre y de Riz, 1993.